

jillas de Leoncio, y para enjugarlas y ocultar su turbación fué á sentarse delante de la mesa del despacho con la cabeza oculta entre sus dos manos. Animado por una mirada de la jóven, Alberto se acercó á Leoncio, que quiso intentar un último esfuerzo. Pero levantando este último la cabeza

—No son consuelos ni consejos lo que te pido, exclamó, dinero es lo que necesito, mucho dinero.

—¿Todavía? pues no me queda mas...Imposible.

—¿Imposible?

—Piensa en lo que has gastado en un año, déjame al menos hablar de números. Escúchame, quiero que me escuches, es mi deber darte cuenta sobre todo.

—¡Vaya, pues que te obstinas...vaya!

Y Leoncio con una irritación creciente jugaba febrilmente con el cartapacio, hacia saltar la cubierta é iba tal vez á descubrir la carta oculta allí.

Margarita y Alberto estaban como sobre ascuas.

Comenzó éste la enumeración de las diversas cantidades esperando que el disipador se asustase con la suma. Pero no obtuvo sino esta altiva pregunta:

—Y bien ¿no soy dueño de arruinarme, no es mi gusto, tienes tú el derecho de obligarme á hacer economías á pesar mio...? Haces mal mayordomo. ¡Toma! ni aun me das mis cartas.

Acababa de ver la que contenía la revelación de la verdad; había leído su nombre en el sobre é iba á romper el sello.

Alberto se precipitó sobre la carta, arrancándosela de las manos.

—No, le dijo con una voz aterrada, jadeante de emoción, no... no quiero.

—¡Pues yo quiero, ya es demasiado! exclamó Leoncio dando un paso para recoger su carta.



Leoncio visitando á Duresnel

Margarita se apoderó vivamente de ella y se la metió en el pecho. Despues, toda ruborizada, y con voz dulcemente resuelta

—No debe vd. leerla ahora, señor conde, le dijo.

Con esa esquisita política que jamás abandona ni aun en los momentos de cólera á ciertos hombres, Leoncio se inclinó delante de la jóven.

—Sea, señorita, debo respetar y respeto la prohibición de usted, pero pues que todo el mundo aquí se pone contra mí, pues que mi señor primo parece ocultarme un secreto y negarme dinero, voy á dirigirme directamente á mi notario.

Y se encaminó hácia la puerta. Pero Alberto, interponiéndose, le dijo:

—No irás...te lo ruego...te lo suplico...en nombre de nuestra amistad... en nombre de tu padre.

Leoncio era de unas fuerzas poco comunes; cogió á su

primo por la cintura, lo levantó del suelo como si hubiera sido un niño, y echándole á un lado, prosiguió su camino.

—¡Caballero! exclamó Margarita, señor conde, mas vale que sea por esta carta el que sepa vd. todo: léala vd.

Y corriendo á su encuentro, se la presentó. Mas y mas asombrado Leoncio, rompió el sobre. Margarita y Alberto, con ansiedad y la boca abierta, guardaban un profundo silencio.

Leoncio recorrió la carta, que pronto tembló en sus manos, despues como no comprendiéndola todavía, la leyó segunda vez, hasta que, pálido y desconsolado, exclamó:

—Mi padre ¡oh! esto es horrendo...¡Nada de lo que era suyo me pertenece...ni su herencia; ni aun su nombre! Pero ¿estoy soñando ó es la realidad?

—Es la realidad, respondió el notario, que hacia algunos instantes habia entrado en la habitación.

▲ÑO XXII. 14.



Leoncio, aterrado, vaciló y se dejó caer sobre un sillón como herido de un golpe mortal.

## VIII.

Alberto y Margarita se precipitaron hacia Leoncio, prodigándole toda clase de cuidados y consuelos con afectuosas palabras. El notario mismo, que figuraba en aquel grupo, parecía no menos conmovido.

Abrió de nuevo los ojos Leoncio, miró lentamente en derredor suyo, y se pasó la mano por la frente como el que sale de un sueño. Despues, como acordándose y tomando una repentina resolución, se levantó tranquilo, sereno, casi risueño, é hizo sonar una campanilla que se hallaba cerca de él. Un criado se presentó inmediatamente.

—Haz ensillar mi caballo, le dijo, y traémele al jardín sin advertir á nadie de mi marcha.

—¿Cómo! ¿Queréis abandonarnos? dijo Alberto.

Leoncio le cogió las manos, le atrajo sobre su pecho, y abrazándole con grandísima efusión

—¡Noble corazón, le dijo, por tu abnegacion y por tus generosas mentiras, mil gracias! No lo olvidaré jamás y haré por pagarte un día.

Pero permite esta reconvenccion: hubiera valido mas que me hubieses dicho la verdad, la verdad entera, desde el día siguiente de la muerte de mi padre. Has hecho mal en dudar de mi valor, has olvidado que soy un Auveribe, que si este no es mi nombre es mi sangre, y un Auveribe no acepta lo que no se halla en estado de devolver. Abstente, pues, de ofrecerme ningún nuevo sacrificio, me ofenderia. En cuanto á lo pasado, me reconozco deudor de todas las sumas que he recibido hace un año, y mi vida entera se consagrará al pago de esta deuda en rescate de mi honor. No me despidas... hasta la vista, amigo mio... hermano mio, hasta la vista.

—¿Pero á dónde vas á ir, qué intentas hacer?

—No lo sé... reflexionaré, veré; pero por la santa memoria de mi padre, mi rehabilitacion será digna de él. No me detengas; no pases cuidado alguno por mi conducta, no me mataré; no tengo derecho de morir, ni tiempo de desesperarme. Es preciso que trabaje, que luche, que llegue á conquistar otra fortuna. Sí... me siento un nuevo hombre y con impaciencia de comenzar esta nueva vida. ¡Adios, Alberto! y usted, Margarita, haga de modo que sea feliz, porque es el mas noble corazón de cuantos hay bajo la capa del cielo.

Los dos le suplicaron que aguardase hasta el día siguiente y se interpusieron para impedirle la salida de la puerta.

Leoncio se lanzó hacia el balcón, y desapareció como habia llegado, por la ventana. Su caballo se hallaba en el jardín; saltó á la silla y partió al galope.

## IX.

Tres años han pasado, y una hermosa mañana del mes de abril, un jóven de una belleza varonil, que por la insignia de la Legion de Honor que se veia en el ojal de su frac denotaba ser militar, se detenía delante de una rica casa del arrio de San German.

Al dejar caer el martillo de hierro bruñido sobre la alta puerta de encina, veíase en el rostro de aquel visitador ma-

tinal pintada la emocion de un penoso recuerdo y en sus enternecidos ojos casi una lágrima. Preguntó al criado que salió á su encuentro, ni el señor Alberto Duresnel se hallaba visible, y por su respuesta afirmativa le entregó una tarjeta, en la que se leía:

*El comandante Leoncio de Auveribe,*

Espliquemos como en tan poco tiempo. Leoncio habia podido llegar á ser comandante. Al llegar á París esperiméntó la frialdad de los amigos de la vispera, que se convirtieron en enemigos del día siguiente en cuanto le vieron arruinado. Uno solo le ofreció sus servicios, Alberto, y de éste, Leoncio no queria aceptar nada.

Despues de algunos meses de vanas tentativas y fallidas operaciones, el destino le ofreció una de esas ocasiones que proporciona á los hombres de corazón. Esta ocasion fué la revolucion de febrero. Leoncio se alistó de guardia movilizado; y como los grados se daban allí al mas elocuente, al mas simpático, ó al que parecia mas valiente, fué elegido capitán. Al cabo de algunas semanas, su compañía era de las mas disciplinadas y de las mas aguerridas.

Llegaron las jornadas de junio. En esta lucha ¡ay! tan sangrienta, el jóven se distinguió no menos por su generosidad que por su valor, y gravemente herido en una barricada conquistada al precio de sangre, obtuvo la cruz.

Un poco mas tarde, curada apenas su herida, fué de los que pasaron al ejército con un grado. Desde entonces habia guerreado sin cesar en Africa y con los zuavos... con lo que está dicho todo.

Es fácil figurarse la alegría de Alberto al volverlo á ver jefe de batallón y oficial de la Legion de Honor; aunque con una larga cicatriz al través de la frente.

—¡Ah! dijo Leoncio, respondiendo á su primo, que parecia compadecerse por aquella gloriosa cicatriz; ¡ah! los kabilas no pegan blando, y esta vez me ví próximo á quedar en el sitio; pero tengo el alma sólidamente pegada al cuerpo y Dios parece permitir que llegue á donde quiero llegar..... á mi objeto.

—¡Pobre Leoncio!

—¿Me tendrías lástima? ¡ah! mi buen amigo! Si en lugar de la ociosa y muelle existencia de mentidos goces y estúpidos placeres, que agarrotan á los hombres, como al aventurero Gulliver las ataduras de los lilliputienses, me hubiera dedicado á una carrera, como lo he hecho despues, otra seria mi posición, de seguro; pero ahora hay que tardar, á menos que no vuelva alguna de esas épocas gloriosas, en que los títulos se ponen en el campo de batalla.

—¡Eh! tú serás general. ¿Y ahora no quieres nada?

—Si tal, una sola cosa.

—¿Cuál?

—Repetirte que te debo trescientos mil francos, y que por desgracia hasta hoy...

—No pienses en ese dinero... No me hables de ello. Tengo bastante... mucho, mucho.

En esta última afirmacion habia tanta sinceridad como tristeza.

Miró mas atentamente Leoncio á su primo y quedó estupefacto al ver el cambio que en él se habia verificado. Ya no era aquel sábio jóven de serena y límpida mirada, risueño, tranquilo y satisfecho, y al que tenia envidia porque parecia resumir en su persona toda la felicidad ideal que habia sonado. Pálido, aburrido, lleno de malestar, en medio de



aquel gran lujo que le rodeaba veía en él amargura, melancolía, y febril impaciencia; al mismo tiempo que la ausencia de la dulce tranquilidad y la satisfacción íntima que proporciona la paz y la libertad. Leoncio no pudo menos de decir:

—¡Pobre Alberto!

—Sí, replicó el infortunado, sí, debes compadecerte. Yo había previsto que esta herencia me sería fatal. Mientras tú estabas aquí gastando por los dos, todo iba bien; pero una vez que me he visto solo con esta fortuna, en París, en este palacio, y por decirlo así, obligado á continuar tú interrumpido papel.....

—¿Cómo obligado?

—Sí, yo no quería al pronto, pero tus amigos me han interceptado el camino pretestando que las riquezas obligan; me han fatigado con convites que he debido devolverles. Además, yo era, como sabes, un buen muchacho, un poco sensible, muy crédulo y tímido para todo, y sobre todo temía descontentar á los que me mostraban afecto. Parecía que se habían dado todos la contraseña como los demonios de la leyenda de San Antonio para tentarme, y como no soy un santo he sucumbido.

—¡Bah! ¿no tenías para refugiarte el castillo de Auvergne?

—Sí, pero apenas me había instalado en él, cuando tus amigos, mis amigos ahora, convidándose ellos mismos, vinieron y me trastornaron todos mis planes, resultando que yo no era mas feliz allí que lo soy aquí.

—¿Pero y Margarita?

A este nombre ruborizose ligeramente Alberto, que replicó con acento todavía aun mas doliente:

—Margarita me ha abandonado: es la compañera de la señorita de Albi.

—¿De Enriqueta? dijo Leoncio estremeciéndose.

—¿No la has olvidado? ¿La amas todavía?

—No. ¿Tengo yo acaso tiempo de pensar en eso? ¿Puedo yo acordarme de ella mas que como de una amiga digna de todo mi aprecio? Pero explícame como ha sido que Margarita.....

—Verás. A causa de mis nuevas costumbres, ya no podía vivir bajo el mismo techo. La señorita de Albi se ofreció á tomarla consigo á fin de servirla de madre, ó mas bien de hermana mayor. Tú sabes cuanto me quiere mi buena ahijada y lo ha probado durante mucho tiempo, pero andaba por medio ese diablo de Castañag.

—¿Castañag? ¿Es tu amigo?

—Ha sido preciso, no podía desprenderme de él, se pega como una alapa, se ha hecho mi amigo íntimo, mi ayo; me trajo un ama; Margarita lo soportó al pronto pero no pudiendo habituarse á la sociedad que había en mi casa y disgustada con esto, aprovechó la oferta de su amiga y se marchó.

—¡Pobre Margarita! murmuró Leoncio; adivino su pesar y sus celos. ¡Y yo que me había figurado que tú la amabas y te ibas á casar con ella!

—¿Cómo, pensaste en eso? ¡Una hija mía! exclamó Alberto.

—Ahijada tuya, replicó Leoncio. Es lindísima, tiene tus aficiones y tus gustos y como no tienes mas que treinta y seis años, no veo porque esa suposición te parece monstruosa.

—Monstruosa, eso no; yo siempre me he considerado y me considero como su padre.

—Bueno. Veamos ahora tú situación presente.

—No es mas alegre que la que te he dicho, mi buen Leoncio, y tú solo podrías sacarme de ella.

—¿Cómo?

—Desembarazándome de esta fortuna que me hace tan desgraciado..... Vuelve á tomarla aunque sea para tirarla por la ventana.

—Imposible.

—Te lo suplico.

—No, debo rehusarlo; pero en cuanto á ayudarte á salir de tu embarazosa situación y restituirte la perdida libertad, eso es otra cosa; no deseo mas que emplearme en cuerpo y alma en tu servicio.

—¡Ah Leoncio, Leoncio! si me hicieses semejante servicio.....

—No dejaría por eso de ser tu deudor de cien mil escudos, pero esto serviría al menos para pagarte los intereses..... Vamos á ver ¿en qué ibas á emplear la mañana?

—No estoy libre, hoy les doy un almuerzo.

—Bueno, y supongo que Castañag será de la partida.

—Naturalmente, al menos que no se halle detenido por algunos negocios de bolsa; porque has de saber que ahora es un gran especulador. Yo sé algo de esto.

—¿Qué quieres decir?

—¡Toma! que es el que maneja mis fondos disponibles, y como jamás tiene bastante, el otro día he tenido que entregarle una suma bastante importante.

—¡Ah! dijo el joven comandante, cuyo rostro comenzó á ponerse sombrío.

—¿Qué tienes? le preguntó su primo.

—Nada..... un recuerdo..... algun vago temor..... He llegado ayer noche y ya sabía casi todo lo que acabas de contarme..... menos ese último detalle que no deja de ser interesante. Atención.

Sacó Leoncio una cartera de viaje, abrió una página en blanco y con el lápiz en la mano:

—¿A cuánto ascienden las diversas cantidades que has entregado á Castañag? preguntó.

—¿Cómo! ¿tú quieres saber?....

—Tú fuiste mi mayordomo y yo me convierto ahora en el tuyo, y lo que es mas, en tu Mentor. ¡Oh sencillito Telémaco! extraviado en esta otra Calipso que se llama París. Criado yo en el Serrallo conozco sus salidas..... y los personajes peligrosos. Vamos, dí.

—Pero si apenas me acuerdo.

—Haz un esfuerzo de memoria.

Bajo el dictado de Alberto, su primo alineó las cifras que sumando daban un total de cerca de cien mil escudos.

—Justamente lo que yo te debo; ¡vaya una casualidad providencial!

Y como Alberto le mirase cada vez mas asombrado

—Para trabajar felizmente en tu libertad, añadió Leoncio, es preciso que me dejes dueño del campo, que te marches en este mismo instante. ¿No tienes algun sitio en los alrededores de París en donde puedas estar oculto algunos días?

—Sí, precisamente estoy convidado para ir á la quinta de la señorita de Albi.

—Perfectamente; vamos, vamos, en marcha..... Pero no te muestres á nadie..... Voy á anunciar á todo el mundo que el gobierno te ha encargado de una misión científica y que acabas de partir para las Indias Orientales. Ya ves que marchas derecho.



—¡Oh! ya comprendo, tú serás mi salvador.

—A cada uno le toca su vez..... Haga Dios que el ex-mal sugeto lo haga mejor que lo ha hecho el ex-sábio. Mi experiencia de la vida parisien, mis vicios de otro tiempo van á servirte ahora de mucho. Por tí voy á volver á ser por un momento el antiguo Leoncio de Auveribe.

Ya había Alberto cogido el sombrero, cuando de pronto retrocediendo dijo:

—Pero ¿y el desayuno que tenía que dar?

—Yo me encargo de hacer los honores de él, no tengas cuidado. Ya llaman, vamos pronto, desaparece por el jardín y vete á aguardarme á casa de la señorita de Albi; allí iré á reunirme contigo.

—Mañana ¿no es eso?

—O pasado mañana..... si no es mas tarde..... porque dependerá de los sucesos..... He ahí el enemigo. ¡Valor!

Alberto no se hizo repetir dos veces la indicacion, y dejando á su digno primo dueño absoluto de la plaza, esquivó el bulto.

## X.

Enriqueta de Albi poseía una de las mas lindas casas de campo de los alrededores de París. Estamos en la primavera y Alberto al salir de su infierno se encontró en un paraíso, cuya ilusion completaba la presencia de dos ángeles, Margarita y Enriqueta.

Era una admirable castellana Enriqueta, y en cuanto á Margarita ya la conocemos; todas las perfecciones parecían reunidas en ella. La niña había crecido y era una encantadora jóven. Alguna vez, sin embargo, una ligera sombra pasaba por su frente tan pura; un poco de amargura se deslizaba en su sonrisa, una lágrima parecía tratar de humedecer y abrirse camino desde sus ojos. ¿Había algun secreto pesar en aquel pobre corazón de diez y ocho años? Al volver á ver á su padrino, se entregó á toda su alegría, como en otro tiempo en el castillo de Auveribe; despues, de pronto, volvió á ponerse triste y buscar la soledad.

Enriqueta se quedó sola con Alberto y le reprendió sus extravíos, pero de un modo encantador.

—Le prometo á vd. ser mas prudente en lo sucesivo y ya he comenzado á serlo..... gracias á uno de vuestros conocidos.

—¿Quién es?

—Adivínelo vd.

—No caigo.

—Está de vuelta y va á venir aquí.

—¿Pero quién es?

—Mi primo..... Leoncio.

—¡Ah! dijo sin aparente emocion, ¿el comandante Leoncio?

En esta palabra *el comandante*, usó de una entonacion particular.

Pero cambiando bruscamente de conversacion:

—Señor Alberto, dijo en otro tono ¿por qué no se casa usted?

—Jamás he pensado en eso.

—¿Y si yo pensase por vd.?

—¿Vd., señora?

—Sí.

—Y los sábios ¿se casan?

—Como los demás, aun me parece que pueden hacer los mejores maridos del mundo.

—¿De veras es esa su opinion y su idea de vd.? dijo ingenuamente Alberto.

—Al menos es mi creencia, respondió con una sonrisa, ¡pero qué sonrisa!

Y sin embargo, Enriqueta no era coqueta. El pobre sábio se sintió turbado hasta el fondo de su corazón y exclamó:

—¡Ah señora! si yo me atreviese á comprender..... si yo pudiese creer.....

—¡Chist! interrumpió vivamente ella; aquí viene Margarita y todo esto quede entre nosotros. Hasta la vista, señor Alberto.

Y poniendo un dedo sobre sus labios, se apresuró á unirse con su jóven compañera. Alberto se quedó pensativo viéndola alejarse por el jardín, no menos encantadora que otra Armida.

—¿Se dignará pensar en mí? dijo al fin. ¿Es tal vez la mujer que me hace falta?—Hablaré de ello á Leoncio.

Pasaron tres días y el jóven comandante no pareció. Para sostener la paciencia, púsose á herborizar Alberto en el parque y todo lo demás lo olvidó, fuera de la sonrisa de la encantadora viuda que sin cesar venía á su memoria y agitaba sus pensamientos como una de las mas persistentes tentaciones.

Enriqueta no volvió á hablarle de nada, pero tenía una alegría brillante, seductora. Margarita al contrario, cada vez estaba mas triste.

La mañana del cuarto día, Alberto, encorbado sobre la orilla del río, examinaba no sé que planta acuática curiosa, cuando de repente una mano le tocó en el sombrero.

Volvió Alberto vivamente.

Era Leoncio.

—¿Ya estas de vuelta? ¿Y qué?

—Y bien!..... ¿Cómo te encuentras aquí? ¿Y las Indias Orientales?

—Estoy en ellas realmente.

—Por toda tu vida, al menos se lo creen; y como he dicho que estabas arruinado completamente, tus buenos amigos..., no te buscarán..... puedes estar muy tranquilo.

—¿Y Castañag?

—El es quien me ha hecho tardar algo. Castañag ha marchado á Bélgica.

—¡Bah! ¿Y mi dinero?

—Tu dinero está seguro, tranquilízate. Hemos corrido tras de sus cómplices, que creían poderme burlar, los he cogido y los he hecho devolver la suma con que pensaban divertirse y aquí tienes el dinero, pues me he venido tranquilamente con los trescientos mil francos. Aquí los tienes.

Y el jóven comandante encantado de aquella campaña de nuevo género que había verificado, presentaba una cartera á Alberto.

—Al menos, exclamó éste, estamos pagados.

—Moralmente, y aun te deberé. Me amas, primo, me amas..... ya que estoy en buena disposicion, puedo prestarte algun otro servicio.

—Sí..... uno grandísimo, replicó Alberto con un impulso casi extraordinario.

Mas deteniéndose de pronto como asustado de lo que iba á decir:

—No..... no..... replicó, seria demasiado exigir de tu ab-



negacion..... porque al fin y al cabo tú tambien has amado á la señorita de Albi..... Tal vez la amas todavía.

—¿Cómo! ¿Enriqueta? Querrias.....

—Casarme con ella..... si tú me repites y me juras que ese amor se halla completamente estinguido en tu corazon; aun mas si me lo pruebas.....

—¿Cómo?

—Sirviéndome de intérprete con ella, porque yo jamás me atreveria.

—¿Y quiéres que me encargue de pedir su mano? dijo pensativo Leoncio,

—Hoy mismo, respondió Alberto, ¿pero sabes con que condicion?

Permaneció el jóven comandante silencioso algunos minutos, retorciase con la mano sus negros bigotes y medio se cerraban sus ojos cual si hubieran querido mirar en su interior á fin de sondear su propio corazon.

Despues y de repente levantando la cabeza:

—Acepto esta mision, dijo, y solo tengo un pesar.... el de no poderte sacrificar mi felicidad como en otro tiempo tú me has sacrificado tu fortuna,

—Pero,....



Margarita y la señorita de Albi en su quinta de Villa de Albi.

—Te digo que acepto, esta tarde mismo tendrás la respuesta.

En este momento llegaban Enriqueta y Margarita.

Recibieron con alegre cordialidad al jóven comandante, y á porfia una y otra, le demostraron su afecto paternal.

El día fué de los mas felices y se pasó como un relámpago.

Hácia la tarde, fumando su cigarro, Leoncio se llevó á Alberto al fondo del parque, y allí, deteniéndose á la entrada de una plazoleta formada por unos copudos olmos:

—Aquí es donde yo la he citado dijo, y va á venir.

—Pues en ese caso, yo me escurro.

—No..... Vas á ocultarte en esa pequeña choza de paja y verde, ahí podrás oír, lo exijo.

La choza en cuestion, no era mas que un simple abrigo para poner las herramientas de los jardineros, que hacia mucho tiempo no servia para otra cosa.

De buena ó mala gana, fué preciso á Alberto entrar allí. Leoncio cerró una especie de canizo que le servia de puerta y despues se paseó por la plazoleta aguardando la llegada de la linda viuda. Era una de las tardes deliciosas de la primavera; estaba perfumada, embriagadora, habia allí ju-



ventud y felicidad en todas partes, hasta en el murmullo de las aguas, en el gorgojo de las avechillas y en la brisa del viento.

Sentíase Leoncio con el corazón extraordinariamente oprimido y celebraba la idea que había tenido de que Alberto asistiese á aquella entrevista. Era pues para él un punto de honor el no ceder del propósito que había tenido de servir á su amigo.

Enriqueta se presentó al fin adelantándose con lentitud por una de las calles llenas ya de sombra, porque el sol iba bajando.

—Comandante, le dijo, no he querido negarle á vd. esta cita que me ha pedido, pero debo prevenir á vd. que no he venido enteramente sola. Margarita está á algunos pasos de aquí aguardando á que yo la llame.

—¿Cómo! exclamó éste. ¿Ha tenido vd. miedo de mí, señora?

—¿Quién sabe si no será de mí misma! confesó bajando los ojos.

Cada vez mas turbado Leoncio, la hizo sentar en un banco de piedra.

Hubo un momento de silencio.

—Tranquílcese vd., replicó éste, no es en nombre mío en el que he pedido esta cita; yo no tengo ya derecho alguno á pedir á vd. nada.

—¿Y por qué, caballero?

—Usted me rehusó su mano cuando yo creía poderla ofrecer una fortuna y el título de condesa..... Ahora soy pobre, y.....

—Ahora tiene vd. un grado, una carrera honrosa, y brillantes esperanzas para el porvenir. No ha perdido vd. nada, comandante..... ¡Muy al contrario!

—¿Qué me dice vd., señora?

—La purísima verdad. Vd. ha reconquistado la estimación, vd. merece la confianza..... Y una mujer puede estar orgullosa con pertenecer á vd.

A medida que hablaba él la miraba asombrado, palpitante, y creía estar soñando.

—Respóndame vd. francamente á lo que voy á preguntarle, Leoncio; ¿me ama vd. todavía?

Hallábase tan adorable al decir estas palabras, que Leoncio no pudo menos de caer de rodillas á sus pies con los brazos extendidos hácia ella, y los ojos llenos de lágrimas.

Enriqueta le alargó la mano.

No se atrevía, no creía creer en tanta felicidad.

—Tómela vd., le dijo, y que sea su recompensa.

Leoncio cogió aquella mano tan lealmente ofrecida, y la llevó á sus labios.

Pero acordándose de pronto:

—¿Y mi pobre primo? dijo con acento de remordimiento.

—¿Alberto? preguntó sonriendo la señorita de Albi.

—¡Chist! murmuró en voz baja Leoncio; está allí, nos escuchaba.

—Pues tanto mejor..... que siga escuchando.

Llamó á Margarita.

Leoncio no comprendía nada todavía.

—Reúnase vd. con su primo, murmuró rápidamente Enriqueta; haga vd. lo mismo, y tan pronto como vd. me haya adivinado, ayúdeme vd.

Apenas hubo desaparecido detrás de la choza, Margarita llegó corriendo.

—Dame un abrazo, la dijo Enriqueta, antes de comunicarte una magnífica noticia.

Y como su joven compañera la miraba toda asombrada, añadió:

—No es en nombre propio, no es por mí por quien Leoncio quería hablarme..... Era de Alberto y de tí de quienes se trataba, querida.

—¿De mi padrino! murmuró la joven estremeciéndose.

—¡Oh! no te vengas con disimulos conmigo; hace largo tiempo que conozco tu secreto.....

—¿Mi secreto?

—Le amas.

—Como á un hermano, ¡oh! seguramente.

—No, no, de otra manera.

—Te equivocas, Enriqueta, te lo juro, te equivocas.

—Pues entonces, niégale tu mano que me ha hecho pedir.

—¿Cómo! ¿era para eso?....

—No era para otra cosa. Sus ojos, en fin, se han abierto, y ha comprendido que eras la mujer que necesitaba..... Te ama, y te quiere por mujer..... Sin embargo, puesto que me he engañado, puesto que te niegas.....

—Yo no he dicho semejante cosa, exclamó con viveza Margarita.

—Pues entonces, ¿qué es lo que dices?

—Digo, prosiguió con una alegre exaltación que la hizo mas linda y hermosa todavía, que ese es mi sueño dorado..... Ser su mujer, compartir sus trabajos, consagrar mi vida entera á su felicidad; he ahí lo que pedía á Dios en mis oraciones todos los días..... he ahí lo que no esperaba ya..... Porque no veía nada..... no adivinaba nada..... se obstinaba en hacer su papel de padre..... de abuelo..... y me causaba mucho pesar..... Pero, ahora que hablo con franqueza, ahora que puedo manifestarlo, te diré que le amo mucho, y que me causa grande alegría esa noticia.

Y la joven avergonzada de haber abierto su corazón, ocultó su frente ruborizada en el pecho de Enriqueta.

Sintióse entonces un ligero ruido en el cañizo de la choza. Margarita quiso levantarse á mirar. La señorita de Albi la contuvo y la puso las dos manos en los ojos, formando con ellas una venda.

Era Alberto, que se dirigía allí traído por Leoncio.

Hallábase palpitante, loco de placer y de alegría aquel pobre Alberto, porque la luz acababa de penetrar en su corazón.

Margarita oyó á sus pies como un suspiro, y una mano cogió su mano.

Enriqueta al mismo tiempo separó las manos de sus ojos y la devolvió su libertad.

Volvióse rápidamente, y vió á sus pies á Alberto, que, con el rostro inundado en lágrimas resplandeciente de felicidad, la decía desde el fondo de su corazón:

—¡Perdon, Margarita, perdon por no haberte hecho caso durante tanto tiempo!.... Estaba ciego, estaba insensato. ... ¿Pero cómo vamos á reparar el tiempo perdido?.... ¡Cuánto te amo!

Hallábanse los dos en los brazos el uno del otro.

—¿Cuándo será el matrimonio? preguntó Enriqueta.

—El mismo día que el tuyo, respondió Margarita.

—Aceptado, exclamó Leoncio.

—Un instante todavía, dijo Alberto; pongo una condición *sine qua non*.



—¿Qué condicion?

—Que dividiremos la herencia de tu padre. ¡Oh! ahora no te puedes negar; va en ello la felicidad de los cuatro.

Preciso fué que Leoncio se resignase.

Diez años se han pasado desde entonces. El antiguo castillo, en el que hemos comenzado esta historia, se halla desconocido por las obras modernas que en él se han hecho, y sobre sus praderas, con lindísimas flores, se ven correr unos niños rubios y hermosísimos: son los hijos de Alberto Durresnel, hoy miembro del Instituto, y los hijos del general conde de Auveribe.

Estos niños son mas felices que los demás, porque tienen dos madres: Enriqueta y Margarita.

## ESTUDIOS HISTORICOS.

### LAS ORDENES DE CABALLERÍA.

Es muy difícil fijar de una manera precisa y terminante la fecha del nacimiento de la caballería. Se la encuentra en la mitad del siglo XI, empero ya respetada y poderosa cual si se hallase revestida con la consagración de los años. Principio vago y confuso existía en las ideas antes de pasar á los hechos.

Su germen fué depositado durante la lucha del Corán y del Evangelio sobre los diversos campos de batalla, en que se encontraron el Oriente y el Occidente. Fecundó este germen la sangre de los Pelayos, Alfonsos, Carlos Martel y Abderraman. El cristianismo se encargó de purificarlo. En su conjunto como en sus detalles, lleva la caballería el sello de su doble cuna; por un lado el ardor de los combatientes, la fraternidad de las armas, su respeto profundo á las mujeres, en las que nuestros antepasados encontraban algo de divino: por otra la imaginación poética de los árabes y de los moros, sus galanterías, sus divisas, sus brillantes torneos y ejercicios, union maravillosa verificada bajo la influencia de la ley de Cristo para constituir la epopeya de la edad media.

Nada igual puede ofrecernos la antigüedad aun en los siglos mas imponentes. Ante Pelayo, creando en los montes de Asturias una nueva España para reemplazar á la conquistada monarquía de los godos, de aquellos héroes, que descendiendo de los montes, habian de tardar siete siglos en arrojar á los árabes al otro lado del estrecho de Africa, son pálidos y descoloridos los mas nobles caracteres de la Iliada y de la Eneida y se conoce que el cristianismo habia pasado por allí.

Para aspirar á la clase de caballero, era preciso contar nobleza y no se llegaba á ella sino á la edad de veinte y un años cumplidos, despues de haber pasado por dudosas pruebas. Se pasaba por los grados inferiores de paje y de escudero. La educación del paje comprendía á la vez los ejercicios corporales y el cultivo de las letras. Colocado á la edad de siete años en el castillo de un célebre paladín, el niño se formaba en aquella escuela de honor y de caballería y en los deberes de su futura carrera.

Aprendía á montar á caballo, á manejar la lanza y la espada, á servirse de la ballesta y del hacha de armas. Luchaba, corría, saltaba anchos fosos y se acostumbraba con tiempo al peso de una armadura de hierro. Vuelto al castillo ó mansion de su señor, cambiaba de ocupaciones. Servía á la mesa al señor y á su familia, y admitido despues en la estancia de la castellana, recibía de ella preceptos de cortesía y lefa en su presencia el Espejo de las galanterías ó el código del amor caballeresco, de aquel amor exaltado, ideal, que convenia tan bien al color de aquellos tiempos de prestigios y de encantamientos.

Á los catorce años, el paje entraba á ser escudero ó acompañante de armas, y los mil trabajos del guerrero reemplazaban entonces á los juegos y á los estudios de la infancia. Desaparecían entonces para él las largas veladas al amor de la lumbre del hogar en que escuchaba el canto de los trovadores, las relaciones de algun viejo caballero ó de un piadoso peregrino. Se concluyeron para él las lecturas en el oratorio de la noble dama y aquellos dulces momentos que devolvían al joven paje la madre y la hermana de que se hallaba ausente. Sus compañeros, eran hombres armados, de palabra dura y lacónica, de gesto amenazador, un alto brido cubierto de hierro que tenía que llevar por la brida para su señor. Por la noche el desnudo suelo era su lecho, su pabellon las ramas de los árboles, y al día siguiente de pié, al primer saludo de la alborada ayudaba á su amo á revestir su armadura, teniendo que seguirle alegre á lo mas recio de la pelea, sirviéndole, por decirlo así, de escudo.

Al fin, al llegar á los veinte y un años, alcanzaba el premio de sus esfuerzos. Con la oración, el ayuno, la confesion de sus pecados y aproximándose á la Santa Mesa, se disponía el escudero á ser armado caballero. Un suntuoso banquete reunía á los paladines que habian de servirle de padrinos y conferirle la dignidad á que aspira, empero no se coloca al lado de ellos. Asiste á la comida sin tocar ninguna vianda, sin proferir una palabra, y su túnica blanca indica la pureza de su alma. Comienza despues la velada de las armas, que dura toda la noche, que pasa en una capilla cubierto de su mas bella armadura. Al amanecer entra en el baño, emblema del bautismo, para acabar de purificar todas las manchas de los pasados años. Sale de este baño cual un hombre nuevo, cual un hombre regenerado, y se presenta ante el altar con su espada colgada al cuello. El sacerdote ha bendecido la espada, y el que va á recibirse caballero, de rodillas sobre las losas del pavimento pronuncia en manos del caballero que va á darle la acolada, el juramento de consagrarse á la defensa de la religion, del rey, de la patria, de las mujeres y de los huérfanos. Jura obediencia á sus jefes, lealtad á sus hermanos de armas, cortesía en todas sus relaciones. Se compromete igualmente á rechazar los dones de los enemigos de su señor feudal, á guardar la palabra dada y á huir de toda mentira como una bajeza.

Apenas ha pronunciado el juramento, sus padrinos le calzan la espuela dorada, le visten algunas piezas de su armadura y le ciñen la espada. El paladín ó caballero entre cuyas manos ha pronunciado el juramento, saca su espada y de plano le da tres golpes sobre la espalda diciendo:

—En nombre de Dios y del señor San Miguel, y de San Jorge, y de Santiago, te hago caballero; sé firme, leal y valiente.

Ya lo tenemos caballero, pónese su casco, embraza su



escudo y su lanza, salta sobre un brido, y da una carrera en medio de los aplausos y de las felicitaciones de todos los asistentes.

¡Puentes levadizos de los castillos, bajados delante de él! Por do quiera le aguarda la hospitalidad. Ya puede en lo sucesivo sentarse á la mesa de los emperadores. Ya puede adornarse con los colores de una reina. Si oye resonar el clarín de los torneos, si ve desplegada al viento la bandera de su señor feudal, mostrará igual ardor despues de la victoria. La debilidad en la infancia serán sagradas á sus ojos y sabrá defenderlas en el interior de una ciudad tomada por asalto. En una palabra, la religion, el honor, el amor, la amistad, santificarán su corazon como un templo.

¡Desgraciado de él si alguna vez un acto de felonía llega á desmentir los juramentos solemnes que ha proferido! Mas le valdria sufrir mil muertes que la degradacion con que va á ser castigado.

¿No veis ese cadalso? á él sube un caballero felon y traidor. Los heraldos hacen pedazos y pisotean las piezas de su armadura.

Una inmensa multitud asiste ávida de emociones al espectáculo de su deshonor. Su escudo, del que el martillo destructor ha hecho desaparecer las armas y la divisa, atado á la cola de un caballo, resuena sobre el pavimento arrastrado en el polvo y en el lodo, en medio del ruido, de las imprecaciones de los heraldos que en mil ecos prolonga la voz del pueblo. Sus espuelas doradas son arrojadas á un muladar, y cual si hubiese cesado de vivir, los ministros de la religion entonan la vigilia de los muertos.

No ha terminado aun el suplicio. Se le llama por tres veces, y á su nombre el heraldo dice que no reconocé á un traidor, á un felon, á un fementido. En el dia de su recepcion en la caballería, tomó un baño, y ahora sobre el cadalso se vierte sobre su cabeza agua caliente, á fin de borrar hasta los últimos vestigios de la acolada. Despues se le arrastra con una cuerda liada alrededor del cuerpo hasta una especie de féretro que se lleva á la iglesia, en donde hacen que lo entierran vivo, empero borrado del libro de honor, tiene que oír cantar el oficio de difuntos.

No se detiene en él la infamia, le persigue mas allá de la tumba, hasta en sus hijos, que, víctimas de la felonía paterna, eran declarados innobles y villanos, y manchados con la misma mancha que su padre.

Este horrendo suplicio no se reprodujo sino muy pocas veces y á largos intervalos. Los caballeros eran entre sí jueces y partes, y los actos de violencia ó de traicion cometidos con el débil, los pobres siervos y mujeres oscuras, no despertaban la menor sensacion; el valor, por decirlo así, les daba la impunidad.

Las crónicas de la edad media, refieren, sin embargo, algunos ejemplos de la degradacion caballeresca, pero es preciso proclamar que estas degradaciones fueron á veces la obra de un enemigo poderoso. Hirieron la inocencia y procedieron de jueces iníquos, y sus sentencias anuladas hoy por la posteridad, que saluda á sus víctimas con el título de mártires.

Tal fué la suerte de los infelices templarios que sucumbieron bajo el odio que les profesaba Felipe el Hermoso, que quiso manchar la gloria de las Cruzadas encendiendo las llamas de la hoguera que devoró á aquella orden ilustre, y en

cuya fatal y terrible empresa tan poderosamente le ayudó el papa Clemente I.

Hoy es sabido que el poder, el valor, las riquezas, el inmenso ascendiente de los caballeros del Templo de Sion fué su único crimen.

La odiosa política de Felipe el Hermoso dió un golpe destructor al edificio de la edad media. Destruida una de sus bases, las demás lo fueron sucesivamente, sordamente minadas. En toda Europa fueron perdiendo influjo las órdenes de caballería. En España las de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa, que tanta parte tuvieron en la espulsion de los árabes en la lucha de los siete siglos, dejaron casi de hecho de existir y de figurar como influyentes en la gobernacion del país desde que los Reyes Católicos Fernando é Isabel despues de la conquista general lograron agregar á la corona los maestrazgos que despues en tiempo de Carlos V, agregó perpétuamente á la misma el papa Adriano.

Las instituciones caballerescas habian cumplido su mision. Vivieron el tiempo que debieron vivir. Cada época demanda sus instituciones y los nuevos intereses reclaman una espresion diferente. Así es que las órdenes de caballería hoy no son mas que meros títulos de honor, unas condecoraciones. Véase las muchas y varias que ha habido en España.

ORDENES DE CABALLERIA ESPAÑOLA ANTIGUAS Y MODERNAS CON  
ESPRESION DEL AÑO DE SU FUNDACION.

ORDENES.	AÑOS DE SU FUNDACION.
De la Encina, en Navarra. . . . .	722
De los Linos, en Navarra. . . . .	1023
Alcántara. . . . .	1107
Salvador en Aragon. . . . .	1118
Calatrava. . . . .	1158
Santiago. . . . .	1170
Caballeros de la Escama. . . . .	1318
San Julian. . . . .	1099
La Banda. . . . .	1332
Merced. . . . .	1218
Rosario de Toledo. . . . .	1218
Trujillos. . . . .	1227
Montesa. . . . .	1317
La de la Paloma. . . . .	1385
La del Pasatiempo. . . . .	1149
Toison. . . . .	1430
Carlos III. . . . .	1771
San Hermenegildo. . . . .	1815
San Fernando. . . . .	1815
Isabel la Católica. . . . .	1815

Suprimidas hoy todas las antiguas, solo han quedado como monumento y recuerdo de sus pasadas glorias, la de Hospitalarios de San Juan de Jerusalem, las cuatro militares de Santiago, Alcántara y Montesa y la de Carlos III.

Las creadas en este siglo de Isabel la Católica, San Fernando, y San Hermenegildo espresan intereses y necesidades de la época.

EL CONDE DE FABRAQUER.